

EN ESTE NUMERO:

- OIR, ORAR Y OFRECER CON MARIA, por Mons. José Méndez Asensio (páginas 5-6).
- LUDWIG FEUERBACH, MARIOLOGO SORPRESA, por José Martín (páginas 11-12).
- CATEQUESIS PROGRESIVA SOBRE LA VIRGEN MARIA, por José Montero Vives (pp. 13-16).
- ¿LA IGLESIA SIN MARIA?, por Jesús Espeja, O. P. (p. 19).

29 ABR. 1974

editorial

LECTURA SACERDOTAL DE LA ENCICLICA MARIANA

A la alegría natural de ver tratado por el Papa un tema que llevábamos muy en el corazón, se añadió esta vez otra bien accidental: la encíclica mariana llegaba justamente cuando habíamos dado los pasos para acentuar en este número la presencia de la Virgen. Los artículos estaban ya pedidos (sirvan de testigos sus autores) y este mismo editorial encargado. Y llegó el mensaje papal. Parece justo mantener la decisión tomada: comentar la relación de la Virgen con el sacerdote, pero hacerlo a la luz del nuevo documento. ¿Qué más fácil y más gustoso?

Rogamos a nuestros lectores sacerdotes que lean, con sus propias preocupaciones en su interior, y con despierta atención al mundo que les rodea, la sección segunda de la primera parte de la encíclica: «La Virgen, modelo de la Iglesia en el ejercicio del culto». Hay un paralelismo tan claro y tan estimulante, que no puede menos de impresionar.

¿Qué es el sacerdote y cuál es su papel? Ahí está la Virgen «oyente» para recordárselo. Es ante todo alguien que oye atento. Que oyó al Señor que le llamaba por la vocación sacerdotal. Pero que no puede descansar en esa primera audición. Que tiene que continuar «oyendo», porque por impulsos interiores, por cambios en la sociedad en la que vive, por su asiduo contacto con la Palabra de Dios en la Biblia y en la Tradición, por su inmediato trato con la Jerarquía... Dios le sigue hablando. Le empuja, le estimula, le exige más y más. Casi diríamos que podría identificarse con aquella valiente imagen que la Vulgata empleó para explicar cómo escuchaba el Pueblo de Dios a Nehemías cuando estaba leyendo la Ley: «Auribus erectis». El día que el sacerdote deja de «oír» tiene ya por suficientemente logrado su vivir sacerdotal, toda forma nueva o toda experiencia original como sospechosa o falsa... ha perdido gran parte de su valor. La Virgen «oyente» que el Papa nos presenta puede decirnos algo...

¿Dirá menos la Virgen «orante»? Con todas las vueltas que se quiera dar al tema, siempre quedará la idea del sacerdote como mediador entre Dios y los hombres. Hombre de oración, que hace suyas las intenciones de los demás y las incorpora a las propias. Que enseña, sobre todo con el ejemplo, a adorar, a dar gracias, a pedir perdón. La Virgen orante, presidiendo la reunión del Cenáculo a la que desciende el Espíritu Santo, nos obliga también a preguntarnos si no estaremos perdiendo, a fuerza de actividad, de iniciativas, de implicaciones mun-

danas, esta estampa tan elemental como básica de nuestro sacerdocio.

Pero acaso la intensidad de este sentimiento de armonía entre el modelo que queremos imitar, la Virgen, y nuestras propias realidades, suba de punto al contemplar a la Virgen Madre descrita en unos párrafos en los que se entrelazan las aplicaciones a la Virgen y a la Iglesia. Esa fecundidad espiritual de ambas es la que el sacerdote ambiciona para sí. Querría, como ellas, dar vida, engendrar por el Evangelio, marcar con los sacramentos, con la predicación, con el testimonio a los que están a su alcance y de él dependen de alguna manera. Integrarse, como María y la Iglesia, en la historia de la salvación, no abstracta y colectiva, sino concreta y viva, individual y apasionante de cada uno de los fieles o infieles con los que trata o a los que puede llegar.

No irá en zaga en cuanto a resonancias sacerdotales la imagen de la Virgen oferente. Aquí el Papa se explaya, dedicando al tema varios párrafos. Y el sacerdote, a quien cada día trae la ocasión de hacer ese ofrecimiento en la Misa, ve en la Virgen el modelo de oferente. No de quien, en una perspectiva de lejanía, cumple un rito externo, casi como una especie de magia. Sino con la compenetración visceral, sentida de la Virgen. Como quien se une, se identifica con la Víctima ofrecida. ¿Qué lectura para una preparación a la Misa la de esos párrafos!

No desdeña el Papa sacar las consecuencias. No todo ha de quedar en «conmovido estupor». Quiere que adoptemos «una actitud de fe y de amor semejantes a los de la Virgen» haciendo de su conducta «la norma de oro para la piedad cristiana».

Una vez más la duda se enrosca en muchos corazones y en muchas mentes: Esta voz, ¿será oída? Y una vez más daremos desde aquí la respuesta que ha dado siempre INCUNABLE en estos casos: Vamos a hacer lo que podamos. La encíclica es casi ilegible, por su densidad y estilo, para gran parte de los cristianos. ¿Por qué no empezar nosotros a compenetrarnos con ella? Esta lectura sacerdotal con ojos despiertos y sensibilidad moderna, nos prepara para dar al pueblo la buena nueva, el mensaje que el Papa les hace llegar: Hay por delante una tarea que es de todos, la de mejorar e intensificar el culto a la Virgen. El da unas razones. A nosotros nos corresponde estudiarlas, vivirlas y difundirlas.

INCUNABLE